

muchos mexicanos, y los delanteros que debían ser los mas esforzados, y aun con todo este daño no cesaban hasta verlos fuera de la ciudad. Pedro de Alvarado ganó tambien dos puentes de su calzada este dia, quemó algunas casas con ayuda de tres bergantines, y mató hartos enemigos. Algunos españoles culpaban del daño á Cortés porque no iba mudando su real, como iba ganando tierra, y las causas que para ello habia eran grandes, porque cada dia tenían un mismo trabajo y aun siempre mayor en ganar de nuevo, cegar otra vez puentes y caños de agua; el peligro que pasaban en ello era grande y notorio, porque les era forzado echarse á nado todas las veces que ganaban algun puente, y unos no sabian nadar, otros no osaban, y otros no querian porque los enemigos no les dejaban salir á cuchilladas y botes de lanza, y así se tornaban heridos ó se ahogaban; otros decian que ya que no pasaba el real adelante, debia sostener las puentes, poniendo en ellas gente que las guardase, mas Cortés aunque muy bien conocia esto no lo queria hacer por mejor, que cierto estaba que si pasara el real á la plaza que lo podian cercar los contrarios por ser grande la ciudad y muchos los vecinos, y así el cercador quedaba cercado, y cada hora del dia y de la noche tuviera rebates y fuera reciamente combatido, y no pudiera resistir ni tuviera que comer si perdía la calzada y era segun Cortés lo decia, pues asentar las puentes era imposible, á lo menos dudoso por dos razones, la una porque eran pocos españoles, y quedando cansados del dia no podian pelear la noche; la otra que si las encomendaba á indios, era incierta la defensa y cierta la pérdida ó desbarate, de lo que se podia seguir gran mal; así que por esto, como porque el confiaba en el buen corazon de sus españoles, que cayendo ó levantando habian de hacer como él, seguia su parecer y no el ageno.

### CAPITULO 25.

*Como tuvo Cortés doscientos mil hombres sobre México.*

Eran los de Chalco tan leales amigos de los españoles ó tan enemigos de los mexicanos, que convocaron muchos é hicieron guerra á los de Ixtapalapan, Mexicaltzinco, Cuiclahuac, Vitzilopuehtli, Culhuacán y otros lugares de la laguna dulce que no estaban declarados por amigos de Cortés, aunque nunca despues que sitió á México le habian enojado, y á esta causa ó por ver que los españoles llevaban de vencida á los mexicanos vinieron embajadores de todos aquellos pueblos á encomendarse á Cortés y rogarle los perdonase de lo pasado, y que mandase á los de Chalco no les hiciesen mas daño. El los recibió

en su amparo, y les dijo que no les seria hecho mas mal, y que nunca de ellos tuvo enojo sino de los de México, y que por ver si era cierta ó fingida su embajada les hacia saber como no levantaria el cerco que tenia puesto, hasta tomar aquella ciudad de paz ó de guerra, por lo que les rogaba le ayudáesen con canoas, pues tenían muchas, y con la demás gente que pudiésen armar, y le diésen algunos hombres que hiciesen casas á los españoles que no las tenían, y era tiempo de las ricias aguas. Ellos prometieron cumplirlo, y así vinieron muchos hombres de aquellos lugares é hicieron tantas casillas en la calzada de torre á torre donde era el real, que muy á placer cabian en ellas los españoles, y otros dos mil indios que los servian, que los demás dormian en Culhuacán siempre, que no estaba mas de legua y media. Tambien proveyeron estos el real de algun pan y pescado y de infinitas cerezas, (41) de las cuales hay tantas por allí que pueden bastecer doblada gente que entonces habia en aquella tierra. Dura esta fruta cinco meses cada año, y son algo diferentes de las de España. No quedaba ya pueblo que algo montase en toda aquella comarca por darse á Cortés, y entraban y salian libremente entre españoles y se venian todos á sus reales, unos por ayudar, otros por comer, otros por robar, y muchos por mirar, y así pienso que habia sobre México doscientos mil hombres, y aunque es mucho el ser capitán general de tan gran ejército, fué mucha mas la destreza y gracia de Hernán Cortés en traer y regirlo tanto tiempo sin motin ni riña. Deseaba Cortés ganar y allanar la calle y calzada que vá de Tlacópan, (42) que es muy principal y tiene siete puentes para que libremente se comunicase con Pedro de Alvarado que estaba en aquella parte, que con esto pensaba tener hecho lo mas, y para hacerlo llamó la gente y barcos de Ixtapalapan y de los otros pueblos de la laguna dulce, y luego vinieron tres mil y quinientos, de los cuales echó con cuatro bergantines en la laguna grande que rodease a México dos mil, y los mil y quinientos restantes en la otra con otros tres bergantines para que corriésen la ciudad, quemásen casas, é hiciesen todo el mas daño que pudiésen. Mandó á cada guarnición que entrase por su cuartel y calle, matando, prendiendo y destruyendo lo posible, y él metióse por la calle de Tlacópan con ochenta españoles y muchos auxiliares, ganó tres puentes de ellas y las cegó, las otras dejó para otro dia y se volvió á su puesto: tornó luego al siguiente dia por la misma calle con la gente y orden pasada, ganó muy gran parte de la ciudad, mas nunca consiguió que Quauhtimoc diése señal de paz, de que se maravillaba mucho Cortés y aun le pesaba, así por el mal que recibia, como por el que él hacia.

[41] Que llamamos capulines. [42] Hoy de Tacuba.

## CAPITULO 26.

*Lo que hizo Pedro de Alvarado para aventajarse. [\*]*

Quiso Pedro de Alvarado pasar su real á la plaza de Tlatelolco porque pasaba trabajo y peligro en sustentar las puentes que ganaba con los españoles á pie y á caballo, teniendo su fuerte lejos de ellos tres cuartos de legua, y por aventajarse tanto como su capitán, y porque le importunaban los de su compañía, diciendo que les sería afrenta si Cortés ni otro alguno ganase aquella plaza antes que ellos, pues la tenía mas cerca que ninguno; determinó ganar las puentes de su calzada que le faltaban y pasarse á la plaza. Fué pues con toda la gente de su guarnición, llegó á una puente quebrada que tenía de largo sesenta pasos, que por que los españoles no pasasen la habían alargado y ahondado dos estados en agua: combatióla Alvarado, y con ayuda de los tres bergantines pasó el agua y la ganó: dejó dicho á unos que la cegasen y siguió el alcance de los enemigos con hasta cincuenta españoles; mas como los de la ciudad no vieron mas de aquellos pocos que no podían pasar los de á caballo, revolvieron sobre él tan de subito y con tanto denuedo, que le hicieron volver las espaldas y echarse al agua sin ver como mataron muchos de nuestros indios y prendieron á cuatro españoles que luego allí para que todos los viésen los sacrificaron á sus dioses y comieron. Alvarado cayó de su locura por no creer á Cortés que siempre le decía no pasase adelante sin dejar primero el camino llano. Los que le aconsejaron pagaron con las vidas, y Cortés sintió la pena, y otro tanto le pudiera haber sucedido á él si cre-

[\*] *Al hablar el padre Clavijero de las operaciones de Alvarado refiere las proezas de Tzilacatzin. Dice que este era un membrudo tlatelolco, disfrazado de otomite con un ichcahuepilli ó coraza de algodón, y sin mas armas que un escudo y tres piedras correado velocísimamente ácia los sitiadores, arrojó una tras otra las tres piedras con tanta destreza y vigor que abatió un español con cada una, causando no menos indignación á estos, que miedo y admiración á los aliados. Empleáronse muchos arbitrios para haberlo á las manos, pero no fué posible, porque en cada combate se presentaba con un vestido diferente, y en todos hacia gran daño á los sitiadores, teniendo además tanta velocidad para huir, como fuerza en los brazos para ofender.... Muchos de estos esforzados se necesitaban para tan inicuos agresores, mejor diré, se necesitaba aquel ángel exterminador que en una noche acabó con el campo de los Asirios que obraban sobre Jerusalén.*

yera á los que le decían que se pasase al mismo mercado; mas él lo consideraba mejor porque cada casa estaba ya hecha ista segun la mucha agua que había. Las calzadas por muchas partes rompidas y las azoteas llenas de piedras, que de estos y tales ardidés usó y tuvo muchos Quauhtimoc. Cortés fué á ver donde había mudado su real Pedro de Alvarado y á reprenderle por lo sucedido, y avisarle de lo que tenía de hacer, y como le halló tan metido dentro de la ciudad, y consideró los muchos y malos pasos que había ganado, no solo no le culpó mas alabóle. Platicó con él aquel rato muchas cosas tocante á la conclusion del cerco, y se volvió á su real.

## CAPITULO 27.

*Las alegrías y sacrificios que los mexicanos hacian por una victoria.*

Dilataba Cortés el poner su cuartel en la plaza mayor aunque cada dia entraba ó mandaba entrar á la ciudad á pelear con los vecinos por las razones poco ántes dichas, y por ver si Quauhtimoc se diera, y aun tambien porque no podia ser la entrada sin mucho peligro y daño, por cuanto los enemigos estaban ya muy juntos y muy fuertes. Todos los españoles juntamente con el tesorero del rey viendo su determinación y el daño pasado, le rogaron y requirieron que se metiese en la plaza; él les dijo que hablaban como valientes, pero que convenia primero mirarlo muy bien, que los enemigos estaban fuertes y determinadísimos á morir defendiéndose: tanto replicaron que al cabo otorgó lo que pedían y publicó la entrada para el dia siguiente. Escribió con dos criados suyos á Gonzalo de Sandoval que estaba en su asiento y á Pedro de Alvarado la instrucción de lo que debían hacer, la cual en suma era que Sandoval hiciese alzar todo el fardaje de su guarnición como que levantaba su real, y que pusiése diez de á caballo en la calzada tras de unas grandes casas porque si de la ciudad saliesen creyendo que huían los alanzearan, y el que se viniése á donde Pedro de Alvarado estaba con diez á caballo y cien peones y con los bergantines, y dejando allí la gente tomáse los otros tres bergantines y fuése á ganar el paso, donde fueron desbaratados los de Alvarado, y si lo ganaba que lo cegase muy bien ántes de ir mas adelante, y que si fuése no se alejase, ni ganase paso que no lo dejase cegado y bien aderezado: que Alvarado entrase cuanto pudiese á la ciudad y que le enviase ochenta españoles. Ordenó asimismo que los otros siete bergantines guiasen las tres mil barcas ó canoas de los amigos indios como la otra vez por entrambas lagunas. Repartió Cortés la gente de su real en tres compañías por que

para ir à la plaza habia tres calles por la una que era de en medio que llaman *Cuahuacutillan* (43) entraron el tesorero Julian de Alderete, Alonzo de Grado con setenta españoles, veinte y mil indios, ocho caballos, doce azadoneros y muchos gastadores para cegar los caños de agua, allanar las puentes y derribar casas. Por la otra calle que se dice *Tecontlanamacoya* envió á Jorge de Alvarado y Andrés de Tapia con ochenta españoles, y mas de diez mil indios; quedaron à la boca de esta calle dos tiros y ocho de à caballo. Cortés fué por la otra principal calle que se dice ahora de Santa Ana que va à dar à *nuestra señora de Guadalupe*, en esta entró con gran número de amigos y con cien españoles de à pie, de los cuales eran veinte y cinco ballesteros y escopeteros: mandó à ocho de à caballo que quedásen y no fuésen tras de él sin enviárselo à decir. De esta manera entraron todos à un tiempo, y cada cuadrilla por su cabo, é hicieron maravillas derrotando hombres y albarradas, y ganando puentes llegaron cerea del Tianquiztli: cargaron tantos indios de nuestros amigos que entraron por las calles à escala vista y las robaron: segun iba la cosa parecia que todo se ganaba aquel día. Cortés decia que no pasásen adelante que bastaba lo hecho, no recibiesen algun revés, y que mirásen si dejaban bien cegadas las puentes ganadas en que estaba todo el peligro ó victoria. Los que iban con el tesorero siguiendo victoria y alcance, dejaron una quebrada falsamente ciega de doce pasos de ancha, y dos estados de honda: fué allí Cortés luego que se lo dijeron à remediar aquel mal recaudo, mas tan presto como llegó vió venir huyendo los suyos arrojarse al agua por miedo de los muchos indios y enemigos que venian detrás, los cuales se echában tras de ellos por matarlos: venian tambien por agua bargeas que tomaban vivos muchos de nuestros amigos y aun españoles. No sirvió entonces Cortés ni otros quince que allí estaban sino de dar las manos à los caidos: unos salian heridos, otros medio ahogados y muchos sin armas. Cargó tanta gente enemiga que los cercó. Cortés y sus quince compañeros, embebecidos en socorrer à los del agua, y ocupados con los socorridos no se pensaron el peligro en que estaban, y así echáron mano de él ciertos mexicanos y lleváranselo à no ser por Francisco de Olea criado suyo que cortó las manos al que le tenia asido de una cuchillada, al cual mataron luego allí los contrarios, y así murió por dar la vida à su amo. Llegó en esto Antonio de Quiñones capitán de la guardia, trabó del brazo à Cortés y sacóle por fuerza de entre los enemigos, con quien fuertemente peleaba. Ya entonces corria la fama de que Cortés era preso, acudian españoles los à la brega, y uno de à caballo venia haciendo

[43] Parece que es Necatitlán, barrio al sur de México.

algun tanto de lugar, mas luego le dieron una lanzada por la garganta que le hicieron dar la vuelta, estancó un poco la pelea pues que le hicieron caer en el suelo muerto. Cortés cabalgó en un caballo que le trajeron, y porque no se podia pelear allí bien à caballo, recojió los españoles, y dejando aquel mal paso se salió à la calle de Tlacópan que es ancha y buena. Murió allí Guzman, camarero de Cortés por querer darle un caballo, cuya muerte dió mucha tristeza à todos, pues era honrado y valiente: anduvo tan revuelta la cosa que cayeron al agua dos yeguas, la una se remedió, la otra mataron los indios como hicieron con el caballo de Guzman. Estando combatiendo una albarrada el tesorero Guzman de Alderete y sus compañeros les echaron de una casa tres cabezas de españoles diciéndoles que otro tanto harian de ellos si no alzaban el cerco. Viendo Cortés esto y entendiendo el estrago que digo, se retrajeron poco à poco. Los temacaxtles del demonio se subieron à unas torres de Tlaltelolco donde estaban sus dioses, encendieron braseros echaron en ellos *copalli* en señal de victoria, desnudaron los españoles cautivos que serian hasta cuarenta, abriéronles por el pecho, sacáronles los corazones para ofrecer à sus idolos, y rociaron el aire con la sangre. Quisieron los españoles ir allí y vengarse de aquella crueldad ya que no la podian estorbar; mas bien tuvieron que hacer en ponerse en cobro segun la carga y priesa que les dieron los enemigos, no teniendo caballos ni espadas. Fueron este día cuarenta españoles presos y sacrificados, quedó herido Cortés en una pierna, y mas de otros treinta españoles, perdióse un tiro que lo echáron en el agua y tres ó cuatro caballos: murieron cerca de dos mil indios nuestros amigos, muchas canoas de nuestras se perdieron y los bergantines estuvieron para ello. El capitán y maestre de uno de estos salieron heridos, y el capitán murió de la herida de allí à ocho días: tambien murieron peleando este día cuatro españoles del real de Alvarado. Fué aciago el día, y la noche triste y llorosa para los españoles y amigos. Regocijaron aquella tarde y noche los de México con grandes luminarias y fuegos, con muchas vocinas y atabales, con bailes, banquetes y borracheras. Abrieron las calles y puentes como ántes las tenian, pusieron velas en las torres y centinelas cerca de los reales, y luego por la mañana envió el rey dos cabezas de cristianos y otras dos de caballos por toda la comarca en señal de la victoria alcanzada, rogándoles que dejásen la amistad los de españoles, y prometiendo que presto acabarían los que quedaban y libraría toda la tierra de guerra, lo cual fué causa de que algunas provincias tomásen ánimo y armas contra los amigos y aliados de Cortés, como hicieron Malinalco y Coahuico contra Coahuavaca, ó Cuauhahuac: sonóse luego esto por muchas partes y tenían los españoles rebe-

lison en los pueblos amigos y motin en su ejército, mas quiso Dios que no lo hubiése. Cortés salió con su gente otro día á pelear por no mostrar flaqueza á los enemigos, y tornóse de la primera puente; tuvo algunos reencuentros y luego se volvió á su fuerte, aunque no descansaba de allí adelante,

### CAPITULO 28.

#### *La conquista de Malinalco. Matatzinco (\*) y otros pueblos.*

A dos dias del desbarato dicho vinieron al real de Cortés los de Coahuahuac (44) que ya de muchos dias eran sus amigos á decirle como los de Malinalco y Coahuizques le daban guerra y les destruian las siembras y frutas, y le amenazaban á él para despues que los hubiése á ellos vencido, por tanto que les diése alguna ayuda de españoles. Cortés aunque tenia mas necesidad de ser socorrido que de socorrer, les prometió mandar españoles, tanto por no perder crédito, quanto por la instancia con que los pedian, lo cual contradijeron algunos de los principales castellanos que no les parecia bien sacar gente del ejército. Dióles ochenta peones de estos, diez de á caballo, y por capitán á Andrés de Tápia á quien encargó mucho la guerra y la brevedad: aplazóle con diez dias para ir y venir. Andrés de Tápia fué allá, juntóse con los de Coahuahuac, halló á los enemigos en una aldea cerca de Malinalco, peleó con ellos en campo raso, desbaratólos y siguiólos hasta la ciudad, que es un pueblo grande abundante de agua, y asentado en un cerro muy alto donde los caballos no podian subir: taló lo llano y tornóse; hizo tanto fruto esta salida que libró los amigos, y atemorizó los enemigos que tomaban á las pensando que iban muy de caída los españoles. Al segundo dia que Andrés de Tápia llegó de Coahuahuac, vinieron diez y seis mensajeros, de lengua otomítl quejándose de los señores de la provincia de Matatzinco sus vecinos, que les hacian cruda guerra, y que les habian destruido la tierra, quemado un lugar y llevádose la gente, y que venian ácia México con propósito de pelear con los españoles para que saliésen entonces los de la ciudad, y los matásen ó echásen del cerco, y que proveyesse presto de remedio, por que no estaban de allí mas de doce leguas y eran muchos. Cortés creyó ser asi por lo que los dias atrás cuando andaban peleando le amenazaban los mexicanos con Matatzinco, envió allá á Gonzalo de Sandoval con diez y ocho caballos, e en peones, y con muchos indios amigos de aquella serranía

[\*] En el valle de Toluca.

[44] Hoy Cuernavaca.

que estaban dias habia en el cerco. Hizo Cortés esto, tanto por no mostrar flaqueza á los amigos y enemigos, como por socorrer aquellos que bien sabia en quanto peligro andaban los que iban y los que quedaban, y que se quejaban los suyos. Sandoval se partió, durmió dos noches en tierra de otomítl, que estaba destruida: llegó despues á un rio que pasaban los enemigos, los cuales llevaban gran priesa de un lugar que acababan de quemar, y como vieron españoles y hombres á caballo huyeron dejando buena parte del despojo: pasaron los españoles otro rio, y repararon en un llano. Sandoval los siguió, halló en el camino fardales de ropa que no pudieron llevar, cargas de centli y niños asados, arremetió á ellos con los caballos, llegaron luego los de á pie y desbaratados huyeron: siguiólos hasta meterlos en Matatzinco que estaba tres leguas, murieron en el alcance dos mil, la ciudad se puso en defensa para que entretanto se fuesen mugeres y muchachos y llevásen la ropa á un cerro muy alto donde habia una fortaleza. Acabaron en esto de llegar nuestros amigos que serian hasta setenta mil, entraron dentro del pueblo, echaron fuera los vecinos, saqueáronlo y quemáronlo, y en esto se pasó la noche: los vencidos se recogieron al cerro que digo, tuvieron grandes llantos y alaridos, y un estruendo increíble de atabales y vocinas hasta media noche, que despues todos se fueron de allí. Sandoval sacó todo su ejército luego por la mañana, fué al cerro y no haló á nadie, ni rastro de los enemigos, fué á dar sobre un lugar que estaba de guerra; mas el señor de este lugar dejó las armas, abrió las puertas, dióse, y prometió de traer de paz á los de Matatzinco, Malinalco, Cuixco, y cumpliólo porque luego les habló y los llevó á Cortés; él los perdonó, y ellos le sirvieron muy bien en el cerco que mucho pesó al rey Quauhtimoc.

### CAPITULO 29.

#### *Determinacion de Cortés en asolar á México.*

Chchimecatl, señor tlaxcalteca, que trajo la tabazon de los hergantines y que estaba con Pedro de Alvarado al principio de la guerra, viendo que ya no peleaban los españoles como solian, entró con solo los de su provincia, cosa que no se habia hecho á combatir la ciudad, acometió una puente con mucha grita y apellidando su linaje y ciudad la ganó: dejó allí cuatrocientos flecheros y siguió los enemigos que de industria para cojerle á la vuelta huian; revolvieron sobre él y trabóse una muy gentil escaramuza, que unos y otros pelearon reciamente y á un igual pasaron grandes razones: hubo muchos heridos y muertos de una y otra parte, con que todos cenaron muy bien, diéronle carga y pensaron salirse al paso del agua;

mas él lo pasó seguramente con el favor de los cuatrocientos flecheros que detuvieron los contrarios y les hicieron perder la soberbia; quedaron los de México corridos de aquella entrada y espantados de la osadía de los tlaxcaltecas, y aun los españoles se maravillaron del ardid y destreza. Como no combatían los nuestros según solían, pensaban en México que de cobardes y enfermos, ó por ventura de hambrientos, y un día al romper el alva dieron en el real de Alvarado un buen rebato: sintieron las velas, tocaron á la arma, salieron los de dentro á pie y á caballo, y á lanzadas les hicieron huir: muchos de ellos se ahogaron, otros fueron heridos y todos escarmentados: dijeron tras de esto los de México que querían hablar á Cortés, él se llegó á una puente alzada á ver que decían: ellos una vez pedían treguas y otras paces, y siempre ahincaban que se fuesen los españoles de toda su tierra; era todo esto para descubrir qué corazón tenían los españoles y para tomar algunos días de treguas, á fin de abastecerse que su voluntad siempre fué de morir defendéndose á sí, á su patria y á su religion. Cortés les respondió que las treguas á él ni á ellos convenían; mas que la paz que en todo tiempo era buena, no se perdiera por él aunque era el cercador y tenía mucho que comer: que mirásen ellos como la querían, antes que se les acabáse el pan no se muriésen de hambre. Estando así platicando con el faraute Malintzin, se puso en el baluarte un socarron anciano, y á vista de todos sacó con mucho espacio de una mochila ó costalillo pan y otras cosas que comió dando á entender que no tenían necesidad, y con esto se feneció la plática. Muy largo se le hacia á Cortés el sitio porque en cerca de cincuenta días no había podido ganar á México, y maravillábase que los enemigos durásen tanto tiempo en las escaramuzas y combates, y de que no quisiesen paz ni concordia sabiendo cuantos milares de ellos eran muertos á manos de los contrarios, y aun cuantos de hambre y dolencia: rogóles fuésen sus amigos sino que los mataría á todos en general y los tendria cercados por agua y tierra para que no les entráse fruta, ni pan, ni agua y se comiésen unos á otros. Ellos decían que primero se morirían los españoles, y cuanto mas miedo les ponían mas esfuerzo mostraban, y mas reparos y ardidés hacían, pues que hinchieron la plaza y muchas calles de piedras grandes por mandado del rey Quautimoc para que no pudiésen correr los caballos, y atajaron otras calles á piedra seca para que no entrásen los españoles. Cortés aunque no quisiera destruir tan hermosa ciudad, determinó derribar por el suelo todas las casas de las calles que ganáse y con ellas cegar muy bien las acequias y canales de agua: comunicó con sus capitanes y á todos les pareció bueno aunque trabajoso y largo; díjolo tambien á los señores amigos indios del ejér-

cito, los cuales se holgaron en general con aquella nueva, y luego hicieron venir muchos labradores con chuctles de palo que sirven de pala y asada, ó cóas y cestos para cargar tierra: en esto se pasaron cuatro dias desbaratando casas. Cortés como tuvo gastadores apercibió su gente y comenzó de nuevo á combatir la calle que va á la plaza mayor, aunque los de la ciudad demandaron paz fingidamente. Cortés se detuvo y preguntó por el rey que á donde estaba, y ellos respondieron que le habían ido á llamar, y así esperó una hora y al cabo le tiraron muchas piedras, flechas y varas deshonrándole. Viendo esto arremetieron los españoles, ganaron una grande albarrada y entraron en la plaza, quitaron las piedras que daban estorbo á los caballos, cegaron el agua de aquella calle de tal manera que nunca mas se abrió, derrocaron todas las casas y dejando la entrada llana y abierta se volvieron al real. Seis dias á la continua hicieron los castellanos otro tanto como aquel sin recibir mucho daño, salvo que al postrero les hirieron dos caballos. Cortés les hizo al siguiente dia una emboscada, llamó á Gonzalo de Sandoval que viniése con treinta caballos suyos y de Alvarado para juntarse con otros veinte y cinco que tenia: envió los bergantines adelante y toda la gente, y él se metió con treinta caballos en unas casas grandes de la plaza: pelearon en muchas partes con los de la ciudad, y con tanto esfuerzo que derrotaron muchos indios á la primera arremetida, y fuéronse retirando atrás, y al pasar la casa grande á donde estaba la celada soltaron una escopeta que era señal de que saliera. Venían con tanto hervor, y grita los contrarios ejecutando el alcance que pasaron bien adelante de la zalagarda; salió Cortés con sus treinta de á caballo á gran tropél diciendo ¡San Pedro y á ellos! ¡Santiago y á ellos! á hizo grande estrago matando á unos, derrotando á otros, y atajando á muchos, que luego allí prendían los indios amigos. En esta celada sin los de los combates murieron quinientos mexicanos que era la flor de Tlaltelolco, y quedaron presos otros muchos: tuvieron bien que cenar los indios nuestros amigos que no se les podia quitar el comer carnes de hombres. Ciertos españoles subieron á una torre de ídolos, abrieron una sepultura y hallaron hasta mil y quinientos castellanos en cosas de oro: de esta hecha cobraron en México tanto temor, que ni gritaban ni amenazaban como ántes, ni osaron de allí adelante esperar en la plaza, á que los nuestros se retirásen por miedo de otra, y en fin esto fué causa para que mas fácilmente se ganáse México.

## CAPITULO 30.

*La hambre y dolencias que los mexicanos pasaban con grande ánimo.*

Dos mexicanos que decían ser republicanos, hombres de poca manera se salieron de noche de puro hambrientos, y se vinieron al real de Cortés los cuales dijeron como sus vecinos estaban muy amedrentados, muertos de hambre y dolencias y que amontonaban los muertos en las casas por encubrirlos, y que salían por las noches á pescar entre las casas que había acequias y á donde no los tomásen los bergantines á buscar leña y cojer yerbas y raices que comer. Cortés quiso saber aquello mas por entero, hizo que los bergantines rodeásen la ciudad, y él con quince de á caballo y cien peones españoles, y muchos otros amigos fué allí ántes que amaneciése; metióse tras de unas casas y puso espías que le avisásen con cierta señal cuando viniésen gentes; mas como fué de día comenzó á salir mucha gente á buscar que comer: salió Cortés por la señal que tuvo é hizo gran matanza en ellos. Como las mas eran mugeres, muchachos, y los hombres iban casi desarmados ó sin armas, murieron allí ochocientos, los bergantines tomaron allí tambien muchos hombres y barcos pescando: sintieron el ruido las velas de la ciudad, mas los vecinos espantados de ver andar por allí españoles á hora desacostumbrada, temieron los mexicanos de otra zalagarda, y no pelearon. El día siguiente que fué vispera de Santiago, patron de España, entró Cortés con parte de su gente, á combatir como soia la ciudad, acabó de ganar la calle de Tlacópan y quemó las casas principalísimas de Quauhtimóc (el cual como se ausentó de aquí se fué á Tlaltelolco) que eran grandes y fuertes, cercadas de agua. Ya con esto estaban de cuatro partes de México ganadas las tres, y se podia seguramente ir del real de Cortés al de Alvarado; como se derribaban ó quemaban todas las casas de lo ganado, decían aquellos mexicanos á los de Tlaxcálan y de otros pueblos, *así, así dúos priesa, qu mud y asolad bien estas casas, que vos otros las tornaréis á hacer, mal que os pese á vuestra costa y trabajo, porque si somos vencedores hareislas para nosotros, y si vencidos para los españoles.* (44) De allí á cuatro días entró Cortés por su parte, y Alvarado por la suya, el cual trabajó lo posible para ganar dos torres de las de Tlaltelolco para estrechar los enemigos por su estancia, como hacia su capitán: hizo en fin tanto que las

[44] Cumplióse el vaticinio, y en la reedificación murieron muchos millares de indios.

ganó, aunque perdió tres caballos. Al otro día se paseaban los de á caballo por la plaza y los enemigos miraban desde las azotéas. Andando por la ciudad hallaron montones de cuerpos muertos, por las casas y calles y en agua, y muchas cortezas y raices de árboles roidas, y los hombres muy flacos y amarillos que hicieron lástima á los españoles. Cortés les movió partido; pero ellos aunque flacos de cuerpo estaban recios de corazón, y respondiéronle que no habláse de amistad ni esperáse despojo ninguno de ellos, porque habían de quemar todo lo que tenían ó echarlo al agua donde nunca parecése, y que uno solo que de ellos quedáse habia de morir peleando. Falta ya la pólvora, bien que sobraban saetas y picas como se hacían cada día, y para dañar ó á lo menos espantar los enemigos se hizo un trabuco y se puso en el teatro de la plaza, con el cual nuestros indios amenazaban mucho á los de la ciudad, no lo acertaron á hacer los carpinteros, y así no aprovechó á los españoles: disimularon con que no querían hacer mas daño de lo hecho. Como habían estado cuatro días ocupados en hacer el trabuco, no habían entrado á combatir la ciudad, y cuando después entraron hallaron llenas las calles de mugeres, niños, viejos y otros hombres mezquinos que se traspasaban de hambre y enfermedad. Mandó Cortés á los suyos no hiciésen mal á personas tan miserables: la gente principal y sana estaba en las azotéas sin armas y *con mantas*, cosa nueva y que puso admiracion, creo que guardaban fiesta; requiríóles con la paz, respondiéron con disimulacion. Otro día dijo Cortés á Pedro de Alvarado que combatiése un barrio de hasta mil casas que estaba por ganar, y que él ayudaria por otra parte: los vecinos se defendieron muy bien un gran rato mas al cabo huyeron no pudiendo sufrir la furia y priesa de los contrarios: los españoles ganaron todo aquel barrio y mataron doce mil ciudadanos: hubo tanta mortandad porque anduvieron tan crueles y encarnizados los indios nuestros amigos que á ningún mexicano daban vida por mas reprendidos que fueron: quedaron tan arrinconados en perdiendo este barrio que apenas cabían de pies en las casas que tenían, y estaban las calles tan llenas de muertos y enfermos, que no podían pisar sino sobre cuerpos. Cortés quiso ver lo que tenia por ganar de la ciudad, subióse á una torre, miró, y parecióle que una parte de ocho: Otro día siguiente tornó á combatir lo que quedaba, mandó á todos los suyos que no matásen sino al que se defendiése. Los de México llorando su desventura rogaban á los españoles que los acabásen de matar, y ciertos caballeros llamaron á Cortés á mucha priesa; él fué corriendo alá pensando que seria para tratar de algun concierto: púose junto á una puente y dijéronle al capitán Cortés, pues eres hijo del Sol, ¿por qué no acabas con el que nos acaba? ¡O Sol (esclama

ron) que puedes dar vuelta al mundo en tan breve espacio de tiempo como es un dia con su noche, mátanos ya, y sácanos de tanto y tan largo penar, que deseamos la muerte por ir á descansar con Quetzalcohuatl que nos está esperando! Tras de esto lloraban y llamaban sus dioses á grandes voces. Cortés les respondió lo que le pareció, mas no pudo convencerlos: gran compasion les tenían los españoles!

### CAPITULO 31.

#### La prision del rey Quauhtimóc.

Cortés que los vió en tanto estrecho y males, quiso probar si se darian: habló con un tio de D. Fernando de Tezucoco, que tres dias ántes habia tomado preso, y aun estaba herido, y rogóle que fuése á tratar de paz con su rey. El caballero rehusó al principio sabiendo la determinacion de Quauhtimóc, pero al fin dijo que iria por ser cosa de honra y bondad. Así que Cortés entró á otro dia con su gente y envió aquel caballero delante con ciertos españoles: los que guardaban la calle lo recibieron y saludaron con el acatamiento que tal persona merecia: fué luego al rey y díjole su embajada. Quauhtimóc se enojó y lo mandó sacrificar, la respuesta que dió fueron flechazos, pedradas, lanzadas y alaridos, y que querian morir y no paz: pelearon recio aquel dia, hirieron y mataron muchos hombres y un caballo con un dalle que traia un mexicano, hecho de una espada española; pero si muchos mataron, muchos mas hirieron. Otro dia entró Cortés mas no peleó, esperando que se rindiésen; pero ellos no tenían tal pensamiento: llegóse á una albarrada, habló á caballo con ciertos señores que conocia diciendo, que los podia muy bien acabar en chico rato, mas que de lástima los dejaba, y porque los queria mucho, que hiciésen con el señor, se diésen y serian bieu recibidos y tratados, y tendrían que comer. Con estas y otras razones así, les hizo llorar. Respondieron que bien conocian su error, y sentian su daño y perdicion, pero que habian de obedecer á su rey y á sus dioses que así lo querian; mas que se esperase allí que iban á decirlo á su señor. Quauhtimotzin. Fueron y de allí á un rato volvieron diciendo, como por ser ya tarde no venia el señor, mas que al otro dia vendria sin duda ninguna á hora de comer á hablarle en la plaza. Con esto se volvió Cortés á su real muy alegre, pensando que en las vistas se concertarian: mandó aderezar el teatro de la plaza, con estrado á la usanza de los señores mexicanos, y traer de comer para otro dia: fué con muchos españoles muy apercebidos, no vino el rey sino envió cinco señores muy principales que tratásen conciertos y que lo disculpasen por enfermo.

Pesó á Cortés que el rey no viniése; pero holgóse mucho con aquellos señores creyendo por su medio acabar la paz: comieron y bebieron como hombres que tenían necesidad, llevaron algun refresco y prometieron de tornar porque Cortés se los rogó y les dijo que sin la presencia del rey no se podia dar ni tomar asiento ninguno, volvieron de allí á dos horas trajeron de presente unas mantas de algodón muy buenas y dijeron como en ninguna manera el rey vendria que tenia vergüenza y miedo: fuéronse porque era ya noche. Volvieron á otro dia aquellos mismos á decir á Cortés que se fuése al mercado que le queria hablar Quauhtimóc, fué y esperó mas de cuatro horas, y nunca el rey vino. Viendo la burla envió Cortés á Sandoval con los bergantines por una parte y él por otra combatió las calles y albarradas en que estaban fuertes los enemigos, y como halló poca resistencia, que no tenían piedras ni flechas, entró é hizo lo que quiso, pasaron de cuarenta mil personas las que fueron aquel dia muertas y presas, y mas tuvieron que hacer los españoles en estorbar que sus amigos no matásen que en pelear, el saco no se los estorbaron. Era tanto el llanto de las mugeres y niños que quebraba los corazones á los españoles, y tan grande la hediondez de los cuerpos muertos que se retiraban presto. Propuso Cortés aquella noche de acabar otro dia la guerra, y Quauhtimóc de huir: para eso se metió en una cañoa de veinte remos. Luego pues por la mañana tomó Cortés su gente y cuatro tiros, y fué al rincón ó caleta en que los enemigos estaban acorralados, dijo á Pedro de Alvarado que se estuviése quedo hasta oír una escopeta, y á Sandoval que entráse con los bergantines á un lago de entre las casas, donde estaban recogidas todas las barcas de México, y que mirásen por el rey y no le matásen. Mandó á los demás que echásen al enemigo ácia los bergantines, subióse á una torre y preguntó por el rey, vino Tlacotzin, Xihuacóatl (45) presidente supremo ó juez mayor, gobernador y capitán general (que despues se llamó D. Juan Velasquez) hablóle y no pudo recabar con él que se le diésen: todavía salieron muchos, y los mas eran viejos, muchachos y mugeres, y como eran tantos y traían priesa, unos á otros se arrempujaban y se echaban al agua donde se ahogaban. Rogó Cortés á los señores indios que mandásen á los suyos no matásen aquella mezquina gente pues se daba; pero no pudieron tanto que no matásen y sacrificásen mas de quince mil de ellos. Tras de esto hubo grandísimo rumor entre la gente menuda de la ciudad, porque el señor queria huir y ellos no tenían ni sabian donde ir, y así procuraron todos de meterse en barcas, y como no cabian se caian

[45] Xihuacóatl, nombre del supremo gobernador del imperio mexicano.

al agua y se ahogaban: muchos hubo que se escaparon nadando, la gente de guerra se estaba arrimada á las paredes de las azotéas disimulando su perdición. La nobleza mexicana y otros muchos estaban en canóas con el rey. Cortés hizo soltar la escopeta para que Pedro de Alvarado acometiése por su parte, y luego se tiró la artillería al rincón donde estaban los enemigos, diéronles tanta priesa que en chico rato lo ganaron sin dejar cosa por tomar. Los bergantines rompieron la flota de las barcas sin que ninguno se defendiése, ántes echaron todas á huir por donde mejor pudieron: abatieron el estandarte real: Garcia de Olguin, que era capitán de un bergantin velero dió tras de una canóa grande de veinte remos y muy cargada de gente, dijole un prisionero que llevaba consigo como eran aquellos del rey y que podía ser ir allí: dióle entonces caza y la alcanzó, no quiso embestir con ella sino encaróle tres ballestas que tenia. Quauhtimóc se puso en pie en la popa de su canóa para pelear, mas como vió ballestas armadas, espadas desnudas y mucha ventaja en el navio, hizo señal que iba allí el señor, y rindióse. Garcia de Olguin muy alegre con tal presa lo llevó á Cortés el cual lo recibió como rey, hizole buen semblante y llegóse ácia Quauhtimóc; entonces echó mano al puñal de Cortés y dijole... ya yo he hecho todo mi deber para me defender y á los míos, y lo que era obligado para no venir á tal estado y lugar como este, y pues vos podeis ahora hacer de mí lo que quisieredes, *matadme* que es lo mejor. Cortés lo consoló, le dió buenas palabras y esperanza de vida y señorío, subióle á una azotéa, rogóle mandase á los suyos que se diésen, él lo hizo, y ellos que serian obra de setenta mil, dejaron las armas en viéndole.

## CAPITULO 32.

### De la toma de México. [\*]

De la manera que queda dicho ganó Fernando Cortés á México Tenoxtitlán, martes á trece de agosto, día de San Hipólito, año de mil quinientos veinte y uno. En memoria de tan gran hecho y victoria hacen cada año en semejante día los de la ciudad fiesta y procesion en que llevan el pendón con que se ganó. Duró el cerco tres meses, tuvo en él doscientos mil hombres, novecientos españoles, ochenta caballos, diez

[\*] Cuando la toma de México tenía Cortés 36 años de edad. El pendón con que obtuvo este triunfo existe depositado en el Museo de la Universidad recién abierto, y se muestra al que quiere verlo. Tiene una imagen de María Santísima que parece del Refugio.

y siete piezas de artillería, trece bergantines y seis mil barcas: murieron de su parte mas de cien españoles y seis caballos y no muchos indios: murieron de los enemigos cien mil, y á lo que otros dicen muy muchos mas; pero yo cuento los que mató la hambre y pestilencia. Estaban á la defensa todos los señores, caballeros y hombres principales, y así murieron muchos nobles: eran muchos, comian poco, bebían agua salada, dormían entre los muertos, y estaban en perpetua hedentina; por estas cosas enfermaron y les vino pestilencia en que murieron infinitos, de las cuales tambien se colige la firmeza y esfuerzo que tuvieron en su propósito, porque llegando al extremo de comer ramas y cortezas de árboles, y beber agua salobre, jamás quisieron paz. Ellos bien la quisieran á la postre, mas Quauhtimóc no la quiso, porque al principio la rehusaron contra su voluntad y consejo, y porque muriéndose todos no diéron señal de flaqueza, que se tenían los muertos en casa por que los enemigos no los viésen. De aquí tambien se conoce, como aunque los mexicanos comen carne de hombre, no comen la de los suyos como algunos piensan, que si la comieran no murieran así de hambre. Alaban mucho las mugeres mexicanas, y no porque se estuviésen con sus maridos y padres, sino por lo mucho que trabajaron en servir los enfermos, en curar los heridos, en hacer hondas y labrar piedras para tirar y aun pelear desde las azotéas, que tan buena pedrada daban ellas como ellos. Dióse México á saco: los españoles tomaron el oro, plata y pluma, y los indios la otra ropa y despojo. Cortés hizo hacer muchos y grandes fuegos en las calles por alegrías y por quitar el mal hedor que los encalabrínaba. Enterró los muertos como mejor pudo, herró muchos hombres por esclavos con el hierro del rey, los demás dejó libres: varó los bergantines en tierra, dejó en guarda de ellos á Villa-fuerte con ochenta españoles porque no los quemásen los indios: estuvo en esto cuatro días, y luego pasó al real de Coyoacán donde dió las gracias á los señores y pueblos amigos que le habian ayudado: prometiéndoles el gratificárselos, y dijo que se fuésen con Dios los que quisésen, pues al presente no tenía mas guerra, y que los llamaria si la hubiése: con tanto se fueron casi todos ricos, y muy contentos en haber destruido á México, por ir amigos de los españoles y en gracia de Cortés.

### EL EDITOR.

La lectura de esta relacion pone pavor al corazón mas apático è insensible: yo quisiera que tan horrible cuadro jamás se separase de la imaginacion de mis compatriotas, tanto para que por su representacion odiásen cuanto es posible la dominacion española, cuanto por que conociésen cual es el re-

sultado funestísimo que siempre produjo en los pueblos su división en bandos. Romanos fueron vencidos por romanos en los días de Augusto, y mexicanos también lo fueron por mexicanos; Cortés no hizo más que poner en conflagración todos los elementos combustibles de odio que halló preparados para desatarse contra una capital que había sido tirana abominable de todas estas regiones, de cuyos puntos más distantes eran traídos sus hijos a millares para ser sacrificados en el templo mayor de México. ¡Ah! esta sola reflexión calma mi inquietud cuando recorro la memoria de tan sangrientas agresiones. Jamás, sí, (lo digo con la verdad que debo), jamás me presento en la catedral de México que no me traslade con el espíritu hasta aquellos tenebrosos tiempos, y me figure oír los horribles gritos de infinitas víctimas que allí mismo fueron sacrificadas, arrancándoseles el corazón entre penas indecibles; ni deje de bendecir la clemencia del cielo porque substituyó a tan abominables sacrificios el santo y adorable de Jesucristo, de este Dios de paz, del mejor amigo de los hombres, y del que con su sangre preciosísima puso término á las calamidades del género humano.... ¡O mexicanos! pasaron tres siglos de cautiverio, y todavía veo yo en medio de la libertad que gozais ciertos resquicios del castigo que pesó sobre nosotros por la idolatría de nuestros padres; ofendióse mucho el cielo, y más se ofenderá si en lo sucesivo abandonais los principios de la buena moral y entregais vuestros corazones á sectas y máximas que destruyen los del evangelio, si los abris á la incredulidad oyendo falsas doctrinas, y abrazando como principios los más groseros absurdos y detestables sistemas que quitan al pobre pecador hasta la esperanza del premio eterno, y el temor de un eterno castigo.

La pérdida de los mexicanos seguramente fué mayor de 150 mil hombres en este sitio; no me parece absurdo comparar la conquista de México con la ruina de Jerusalén en la que según D. Juan José Heydeck tomo 4.º pág.ª 165, ascendió á un millón, trescientas cuarenta y cuatro mil cuatrocientas noventa personas las arruinadas, sin las que murieron en las cavernas; las once mil que se dejaron morir de necesidad por no querer tomar alimento, y diez mil más que murieron en *Jotapat*. Este autor tuvo en consideración no solo los muertos en la ciudad, sino también los que perecieron de órden de Floro, en Tolemayda &c., ¿á cuantos no ascenderán los que fallecieron en las guerras de Tlaxcalán, de Otumba, de los valles de México, Toluca, Cuernavaca, inmediaciones de la capital, por las viruelas, y posteriormente por la reedificación de México? El entendimiento se abisma al considerar como un mil y cien personas de todas clases y sexos españoles, pudieron causar tanto daño viniendo destituidos de auxilios de regiones tan distantes.... Todo lo hace Dios cuan-

do quiere castigar á un pueblo, y cuando da licencia aun á los seres inanimados para que sirvan de instrumentos de su venganza. Ya que existimos todavía sobre las ruinas de aquella opulentísima México destruida y no la miramos sin estremecernos, paguémos un justo tributo de admiración al valor heroico con que los antiguos mexicanos defendieron hasta el último trance su libertad é independencia; venguémos los manes del jóven *Quauhtimotzin* que aun en el acto mismo de rendirse mostró la grandeza de su corazón presentándose con heroica dignidad á su vencedor, encargándole el buen tratamiento de su esposa la reina *Tecuichpotzin*, y suplicándole por favor le quitase la vida, ya que no había tenido la dicha de perderla en defensa de su reino... ¡O jóven modelo de príncipes! aunque infamado en un potro de tormentos por ese mismo Cortés que te prometió tratar como á rey, y después pretendió arrancarte la confesión de tus tesoros por robártelos como un salteador inmoral y prostituido; aunque después te hizo morir ahogado de un árbol para deshacerse de tu persona, por que con tus virtudes eras un terrible fiscal de sus depredaciones y saqueos y no podía sostener tu presencia, tú serás grande en las edades venideras, tu dignidad aun en los actos de mayor humillación, tu energía en ocultar las riquezas que su avida codicia deseaba descubrir en medio del fuego y de la ignominia, tu severidad en reprender en semejante actitud la cobardía de tu ministro con una terrible mirada; todo esto te presentará grande y laudable en el teatro de los héroes, y tú servirás de asunto grande á poetas, oradores y artifices para que perpetúen tu memoria. Regocíjate ya porque tus hijos recobraron tu imperio y su libertad. La sombra del conquistador se pasea sobre nuestras Cámaras y contempla atónita nuestra dignidad y firmeza para ser libres, y consolidar nuestra independencia con sábias leyes. Que presida la tuya en nuestros consejos, que nos inspire valor en los infortunios, y que tu voz magestuosa y terrible se haga oír en el fondo de nuestros corazones, diciéndonos en el silencio de las pasiones que nos agiten.... *Uníos hijos míos de corazón, uníos, no perdáis la libertad como mis pueblos; apreciad este bien, y recibid mis felicitaciones porque gozais ya de tan inapreciable dicha.*

#### EL EDITOR.

Para dar una cabal idea de este suceso y su terminación, conviene tener presente el texto del padre Betancourt que dice: „A la mañana (el 14 de agosto de 1531) puesto el ejército en dos hileras fueron al barrio de *Amacac* á unas casas grandes que había donde está hoy la hermita de santa Lucia por no haber otras capaces, que las demás estaban destruidas; y colgadas con doceles bien tejidos, debajo de uno de ellos se

sentó Cortés, y á su lado derecho *Quauhtimac*, á su izquierdo los otros reyes, y presentes muchos principales hizo por medio de Marina una breve plática en que les hizo jurar por su rey al emperador: pidió el oro que se dejaron la noche tristes: trageronle alguna cantidad, y pareciendo poco, los mexicanos se disculparon con los de Tlatelolco que en canoas lo habían robado, y estos con los mexicanos: tratóse de los tributos y señalaron á un principal, que despues se llamó D. Juan, por señor de aquella parte para recogerlos, y Quauhtimoc y á los demas lo que les tocaba." Desengañémonos, Cortés jamás quitó el dedo del renglon.... el oro de esta tierra, y la dominacion de ella por la fuerza.... hé aquí los dos grandes objetos que jamas perdió de vista y á que encaminó todos sus trabajos y diligencia.

### CAPITULO 33.

*Como dieron tormento á Quauhtimóc y á otros señores para saber del tesoro en Coyouacán.*

No se halló todo el oro en México que primero tuvieron los castellanos, ni rastro del tesoro de Motheusoma que tenia gran fama de que mucho se dolian los españoles, que pensaban quando acabaron de ganar á México hallarlo, ó á lo menos quanto perdieron al huir de México. Cortés se maravillaba como ningun indio le descubria oro ni plata, los soldados aquejaban á los vecinos por sacarles dineros. Los oficiales del rey querian descubrir oro, plata, perlas, piedras y joyas, para juntar mucho quinto; pero nunca pudieron recabar de mexicano alguno que dijese nada, aunque todos decian era grande el tesoro de los dioses y de los reyes; así es que acordaron dar tormento á Quauhtimóc, que bautizado despues se llamó D. Hernando, y á Tlacotzin *Xihuacoatl*, presidente supremo gobernador y capitan general, el que bautizado despues se llamó D. Juan Velasquez, y á Covanacotzin que bautizado despues se llamó D. Pedro de Alvarado, señor que fué de Tezcoco, y á Tetepanquezcatl que bautizado despues se llamó D. Pedro señor de Tlacópan, y Aquici, que bautizado despues se llamó D. Carlos, señor de Atzacapotzalco Mexicapán, y á *Mutelchinin Huiznahuatl*, capitan mexicano, que bautizado despues se llamó D. Andrés, y á otro caballero y privado del rey. El caballero tuvo tanto sufrimiento que aunque murió en el tormento de fuego no confesó cosa de cuantas preguntas le hicieron sobre tal caso, ó porque no lo sabia ó porque guardaba el secreto que su señor le confió constantemente. Quando lo quemaban miraba mucho al rey para que habiendo compasion de él le diése licencia como dicen

de manifestar lo que sabia, ó lo dijese él: Quauhtimóc lo miró con ira y lo trató vilisimamente como muelle de poco esfuerzo, preguntándole *si estaba él en algun deleite ó baño*. Cortés quitó del tormento á Quauhtimóc pareciéndole afrenta y crueldad, ó porque dijo como él echó en la laguna diez dias antes de su prision las piezas de artilleria, el oro y plata, perlas, piedras y ricas joyas que tenia, por haberle dicho el diablo que seria vencido. Acusaron esta accion á Cortés en su residencia, como cosa fea é indigna de tan gran rey, y que lo hizo de avaro y cruel; mas él se defendia con que se hizo á pedimento de Julian de Alderete tesorero del rey, y porque pareciése la verdad, pues que decian todos que él se tenia toda la riqueza de Motheusoma y no queria atormentarle porque no se supiése: muchos buscaron el tesoro en la laguna y en tierra por lo que dijo Quauhtimóc, mas nunca se halló, y es cosa notable haber escondido tanta cantidad de oro y plata y no decirlo.

### CAPITULO 34.

*El servicio y quinto para el rey de los despojos de México.*

Hicieron fundicion de los despojos de México, y hubo ciento y treinta mil castellanos, que se repartieron segun el servicio y méritos de cada uno: cupo al quinto del rey veinte y seis mil castellanos, cupiéronle tambien muchos esclavos, plumajes, ventales, mantas de algodón, mantas de pluma, rodellas de miembro aferradas de pieles de tigres y cubiertas de pluma, con copa y cerco de oro, muchas perlas, algunas como avellanas, pero algo negras las mas, porque quemaban las conchas para sacarlas, y aun para comer la carne. Servieron al emperador con muchas piedras y entre ellas una esmeralda fina como el palmo de la mano, pero quebrada y que se remataba en punta como pirámide, y con una gran bajilla de oro y plata, en tasas, jarros, platos, escudillas, ollas y otras piezas de haciadillo, unas como aves, otras como peces, otras como animales, otras como frutas y flores y todas tan al vivo que habia mucho que ver. Diéronle asimismo muchas manillas zarzillos, sortijas, bezotes, y otras joyas de hombres y de mugeres, y algunos ídolos y cebratanas de oro y plata, todo lo cual valia ciento y cincuenta mil ducados, aunque otros dicen dos tantos. Enviáronle sin esto muchas máscaras mosayacas de piedrecitas finas con orejas de oro y con los colmillos de hueso fuera de los labios, muchas ropas de sacerdotes, bragas, frontales, paliás y otros ornamentos de templos, lo cual era de pluma, algodón y pelos de conejo. Enviaron tambien algunas

huesos de gigantes que se hallaron en Calhuacán, y tres tigres, uno de los cuales se sotó en la nao y arañó á seis ó siete hombres, mató dos y se echó á la mar, mataron los otros por que no hiciésen otro tanto mal: otras cosas enviaron, pero esto es lo mas sustancial y muchos enviaron dineros á sus parientes, y Cortés envió cuatro mil ducados a sus padres con Juan de Rivera su secretario. Trajeron esta riqueza Alonso de Avila y Antonio de Quiñones procuradores de México en tres carabelas; pero tomó las dos carabelas que traian el oro Florian corsario francés mas acá de los azores, y aun tambien tomó entonces otra nao que venia de las islas con setenta y dos mil ducados, seiscientos marcos de aljofar y perlas, y dos mil arrobas de azucar. Escribió el cabildo al emperador en alabanza de Cortés, y él le suplicaba por los conquistadores para que les confirmáse los repartimientos, y que enviáse una persona docta y curiosa á ver la mucha y maravillosa tierra que habia conquistado: pediale que tuviése á bien se llamáse *Nueva España*, que enviáse obispos, clérigos y frailes para entender en la conversion de los indios y labradorés con ganados plantas y simientes, y que no permitiése pasar allá *tornadiscos, médicos ni letrados*. (46)

### CAPITULO 35.

*Como Catzonci rey de Michóacan se dió á Cortés. (\*)*

Puso muy gran miedo y admiracion en todos la destruccion de México que era la mayor y mas fuerte ciudad de todas estas partes y mas poderosa en reino y riqueza, por lo cual no solamente se dieron a Cortés los súbditos mexicanos, pero los enemigos tambien por desechar de si la guerra, no les acometiése como á Quauhtimóc, y así venian á Coyoacán embajadores de grandes y diversas provincias y de muy lejos, que segun cuentan eran algunos de mas trescientas leguas de al. El rey de Michóacan por nombre Catzon y bautizado despues se llamó D. Antonio, antiguo y natural enemigo de los reyes mexicanos y muy gran señor, envió sus embajadores á Cortés alegrándose de la victoria y dándosele por amigo: él los recibió muy bien, túvolos consigo cuatro dias, hizo escaramucear ante ellos á los de á caballo para que lo contásen en su tierra, dióles algunas cosas y dos españoles que fuésen á ver a quel reino y tomar lengua de la mar del sur,

[46] *Estos son siempre terribles á los que quieren mandar despótica y militarmente.*

[\*] *Los mexicanos por desprecio le pusieron este nombre, que quiere decir zapato viejo.*

y despidiólos. Tantas cosas dijeron de los españoles aquellos embajadores á su rey que estuvo para venir á verlos; pero se lo estorbaron sus consejeros, y así envió un hermano suyo con mil personas de servicio y muchos caballeros. Cortés lo recibió y trató conforme al sugeto que era, llevóle á ver los bergantines, y el asiento y destruccion de México: anduvieron los españoles el caracol en ordenanza: y soltaron las escopetas y ballestas: jugó la artillería al blanco que se puso en una torre, corrieron los de á caballo y escaramucearon con lanzas. Quedó maravillado aquel caballero de estas cosas y de las barbas y trajes, fuése de allí á cuatro dias que llegó, y tuvo bien que contar al rey su hermano. Viendo Cortés la voluntad del rey Catzonci, envió á poblar en Huitzitzila de Michóacan, ó segun los mexicanos á Tzintzona, á Cristobal de Olid con cuarenta de á caballo y cien infantes españoles y Catzonci holgó que poblásen y les dió mucha ropa de pluma y algodón, cinco mil pesos de oro sin ley por tener mucha mezcla de plata, y mil marcos de plata revuelta con cobre, todo esto en piezas de aparador y joyas de cuerpo; ofreció su persona y reino al rey de Castilla como se lo rogaba Cortés. La cabeza y principal ciudad de Michóacan llaman *Chincicla* y está de México poco mas de cuarenta leguas, y en unaladera de sierras sobre una laguna dulce, tan grande como la de México y de muchos y buenos peces. Sin esta laguna hay en aquel reino otros muchos lagos en que hay grandes pesquerías á cuya causa se llama Michóacan que quiere decir *lugar de pescado*. Hay tambien muchas fuentes y algunas tan calientes que no la sufre la mano las cuales sirven de baños: es tierra muy templada, de buenos aires, y tan sana que muchos enfermos de otras partes se van á sanar á ella. Es fértil de pan, fruta y verdura; es abundante de caza, tiene mucha ceda y algodón, son los hombres mas hermosos que sus vecinos, recios y para mucho trabajo, grandes tiradores de arco, y muy acertadores en especial los que llaman *Teuhchichimecas* que están debajo ó cerca de aquel señorío á los cuales si yerran la caza les ponen una vestidura de muger que dicen *cucille* por afrenta: son guerreros y diestros hombres, y siempre tenian guerra con los de México y nunca por maravilla perdian batalla. Hay en este muchas minas de plata y oro bajo, y el año de mil quinientos veinte y cinco se descubrió en él la mas rica mina de plata, que se habia visto en la Nueva España, y por ser tal la tomaron por el rey sus oficiales no sin agravo de quien la halló; mas quiso Dios que luego se perdió, ó acabóse y así la perdió su dueño, el rey su quinto, y ellos la fama. Hay buenas salinas, mucha piedra negra de que hacen sus navajas y finísimo asavache: criase grana de la buena. Los españoles han puesto morales para seda, sembrado tri-